

Baltasar Maciel en la mirada de Ignacio Nuñez. Un comerciante rioplatense hacia 1805

Emir Reitano
CHAyA- IdIHCS-UNLP
ereitano@lpsat.com

Es lógico pensar que dentro del área rioplatense se generó un lugar propenso para el desarrollo del comercio. Tanto en Buenos Aires como en Montevideo se establecieron redes en las que los comerciantes mayoristas se destacaban accediendo desde su posición dominante al Estado y la justicia como lo han demostrado los trabajos precedentes que componen este Anuario. Desde su posición podían ejercer su influencia y dentro de esta red de relaciones comerciales y sociales estos comerciantes “poderosos” compartían sus actividades con mercaderes minoristas, tenderos, vendedores ambulantes, pulperos y dependientes. Todo ello incentivó la compleja trama de relaciones sociocomerciales en el área rioplatense.¹ Ignacio Nuñez en su curiosa Autobiografía nos describe a un comerciante de Montevideo, Francisco Antonio Maciel, con el cual le tocó trabajar durante un tiempo por el año 1805. Maciel era el único integrante montevidiano de la elite mercantil de dicho puerto, el resto eran españoles, fundamentalmente catalanes. Había nacido dentro del seno de una tradicional familia de origen portugués radicada en Buenos Aires desde el siglo XVII y sus actividades cubrían todos los espectros: fue naviero, saladerista, traficante de esclavos, hacendado, importador y exportador. Bentancur en su trabajo sobre el puerto de Montevideo nos cuenta que *Desapareció en la madurez de su cincuentena, durante los combates con el invasor británico de 1807, cuando su poder económico era grande.*²

Estimamos que en líneas generales un comerciante rioplatense asentado en Buenos Aires o Montevideo hacia 1805 podía tener semejanzas en más de un aspecto con Baltasar Maciel, por ello es que seleccionamos los párrafos siguientes de las memorias de Ignacio Nuñez.

1-Mallo, Silvia (2000), “Familia e intereses: Los comerciantes rioplatenses”. (En *Investigaciones y Ensayos* N° 50. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, enero diciembre, p. 478-479.

2-Bentancur, Arturo (1997), *El puerto colonial de Montevideo. Guerras y apertura comercial: tres lustros de crecimiento económico 1791-1806*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1997, p. 26.

El mismo autor nos señala que después de vincularse en los años 1780 con estafas al estado, en agosto de 1806 se consideraba suficientemente próspero como para preocuparse del honor: Extendía entonces un poder especial para que Nicolás Herrera gestionara en la Corte “las prerrogativas mercedes y privilegios que fuesen de su real agrado en fuerza de los méritos y servicios que tenía contraídos AGN AJ. Protocolos de la Escribanía Pública. Año 1806. t 2 fs. 663-665 v, (En: Bentancur, A. Op. Cit. p. 80).

*La casa del señor Maciel ejecutaba para este tiempo, vastas operaciones de comercio, en relación principalmente con la de España, el Brasil y los Estados Unidos de Norteamérica; sus almacenes de efectos ultramarinos estaban abarrotados; en su saladero se hacían matanzas numerosas, porque era considerable la extracción de carnes saladas para La Habana y el Brasil; en la barraca, a cuyo departamento se me destinó, se preparaban cueros en tanto número, que de ella salieron los que se necesitaron una vez para cargar seis fragatas que se despacharon en una semana. La casa proveía las municiones de boca a todos los buques de guerra del Apostadero; y el señor Maciel sin desatender en lo más mínimo la dirección de estos negocios desempeñaba varias comisiones de interés público con el mismo celo infatigable.*³

Hasta aquí vemos el perfil de un comerciante característico, sus productos fundamentales eran los cueros de las barracas, el tasajo de sus saladeros para Cuba y Brasil y tal vez sus relaciones con el poder, le permitieran abastecer de municiones a los buques del apostadero. También Don Francisco Antonio Maciel -como todo buen comerciante que se preciara de tal y que quisiera permanecer en la cima- no descuidaba en absoluto ninguna de las relaciones sociales y políticas que se debían mantener activas en el mundo tardocolonial rioplatense.

*Él, era hermano mayor del Hospital de Caridad, establecido y sostenido por una sociedad de particulares, autorizada por el gobierno y reglamentada de un modo tan benéfico como humano para una población bien reducida en su número y en sus recursos. Él era capitán de un regimiento de milicias de infantería, regularmente disciplinado, en que consistía la principal defensa de la plaza. Sus relaciones estrechas con el Gobierno y con los primeros funcionarios públicos, así como la respetabilidad y la honradez de su carácter, le ponían en la necesidad de admitir diferentes comisiones que desempeñaba sin el menor embarazo y siempre con el mayor desinterés. Sus dependientes eran pocos pero buenos; el cajero de origen portugués, era un espejo en el que todos se miraban, todos trabajaban a la par de él, sin que a ninguno le faltase tiempo para descansar y aún para divertirse como le sucedía al mismo señor Maciel.*⁴

Más allá de la dedicación al trabajo del dependiente portugués de la casa comercial, ningún comerciante desatendía los aspectos que le competían como miembros destacados de la sociedad y sus respectivas responsabilidades. En estas actitudes los comerciantes menores con aspiraciones de ascenso encontraban un buen parámetro de imitación.

Una carrera comercial podía comenzar en la entrada como dependiente de una casa comercial en la temprana juventud. Ese individuo cumplía actividades características de un criado para todo tipo de servicio, incluso subordinado a las

3- Nuñez, Ignacio (1996), *Autobiografía*. Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, Senado de la Nación, pp. 73-74.

4- *Ibidem* p.74.

órdenes de sus colegas más viejos, viviendo en la casa del patrón o en un cuarto de alquiler o en el mismo comercio, no conociendo descanso semanal ni horarios. Más tarde, con sus capacidades demostradas, podía pasar a administrador, paso previo para abrir su propio comercio o continuar con su antiguo patrón en calidad de yerno.⁵ A su vez Maciel no desatendía otros aspectos fundamentales de la sociabilidad y lo demostraba de la manera más activa en una pequeña ciudad como Montevideo en la que era difícil manifestarse en ese aspecto.

*El señor Maciel y su señora eran visitados por las personas más notables de la ciudad; su mesa se servía abundantemente y con gusto, concurriendo a ella por lo común capitanes de buques mercantes y tres o cuatro oficiales de la marina real, de los mayores expertos en las maniobras de la copa y el trinchante. Estos oficiales, no tanto por la naturaleza de su carrera como por la defectuosa educación que recibían a pesar de corresponder a familias distinguidas por su cuna o sus servicios, eran poco circunspectos en sus acciones y lenguaje; pero sus maneras y su trato eran de un gusto más elevado o como se decía entonces, más cortés que el de la clase común; ellos vestían elegantemente, siempre limpios, siempre empavesados con polvos blancos en el pelo, con olores, siempre los chiches de la sociedad, los que daban el tono en los estrados, en los bailes, en el teatro, en los paseos, en los templos, o, en suma, en todo lo que no fuese buques, alquitrán, pólvora o cañones. Entre los concurrentes diurnos y nocturnos se hacía notar el profesor de medicina y cirugía Dr. Critóbal de Montífar, a quien se le suponían recomendaciones que afectaban la sensibilidad de la principal señora de la casa. Este caballero español ha dictado en nuestros colegios la cátedra de medicina; volvió a casarse con más de ochenta años de edad, conservando un temperamento de privilegio a favor de una frotación que se hacía dar diariamente con un cepillo en todo el cuerpo*⁶

Los miembros de la sociedad montevideana, más allá de este curioso profesor de medicina, no eran precisamente los integrantes de una elite calificada, ella se componía de oficiales de marina, por lo general tan toscos como sus subordinados, pero que cierta distinción los encumbraba un poco dentro de esa pequeña aldea que constituía Montevideo. ¿Cómo vivían estos dependientes de comercio en aquellos días? Nuñez nos señala algunas características distintivas de Montevideo con respecto a Buenos Aires.

Por lo general los dependientes de las casas de comercio no estaban sujetos a reglas tan estrictas como los de Buenos Aires, que no veían la calle por la noche, ni paseaban sino los días festivos. El señor Maciel manejaba los suyos con liberalidad, dándoles asiento en su mesa, regalándoles vestidos y

5-Fernández Alves, Jorge (1994), *Os Brasileiros. Emigração e retorno no Porto oitocentista*, Porto, Gráficos Reunidos Ltda., p. 77..

6- NUÑEZ, Op. Cit. p. 75.

permitiéndoles pasear después que se cerrara el escritorio; y fuese por este motivo; o por que todavía me faltare tiempo para acabar de sacudir la polvareda de mis primeras hábitos, concurría al teatro una u otra vez, movido por el mismo entusiasmo que inspiraba entonces a todos los armadores de la escena.⁷

El autor de las memorias siente mayor libertad social dentro de Montevideo y cuenta algunas de sus visitas al teatro entre otras salidas nocturnas, algo que en Buenos Aires parecía totalmente vedado para un dependiente de comercio en cualquier momento el año con excepción de las festividades, sobre este tema existen numerosos trabajos recientes y esta fuente parece atestiguarlo.

Somos concientes de que una fuente testimonial no nos sirve para comprender cabalmente a la sociedad montevideana de 1805, pero sí para adentrarnos un poco más en ella, y en este caso Nuñez nos revela un mundo curioso dentro de ese microcosmos que constituía Montevideo antes de la tormenta revolucionaria.

7- Ibidem p. 75